

MOVIMIENTO OBRERO ORGANIZADO: RETRATO BURGUÉS DE LA INTERNACIONAL

LA REPUBLICA Y LA INTERNACIONAL

“El Imparcial “, 14 de marzo de 1873

La federación alcoyana de la *Internacional* de trabajadores, que hace pocos días había publicado un manifiesto, ha publicado otro con fecha 5 de este mes, citando «a todos los obreros y obreras de Alcoy y sus contornos» para una reunión en la plaza del Fosar, desde donde partiría una manifestación que se dirigiría a la plaza de los toros para «tratar los grandes intereses del trabajo y los trabajadores».

Excusado sería decir hasta qué punto de vista han de ser tratados esos intereses, pues que hemos procurado desde hace tiempo tener a nuestros lectores al corriente del movimiento internacionalista. Pero como pasados aquellos días en los que se tomó como arma de partido la cuestión de *la Internacional* para ir los conservadores a hacer interminables discursos al Parlamento y constituir una que se llamó «Liga contra *la Internacional*», y que no sabemos que haya dado señales de vida; como pasados aquellos días, repetimos, la prensa, con rarísimas excepciones, entre las que nos contamos, no ha vuelto a ocuparse de *la Internacional*, como si ésta hubiese desaparecido, hemos de decir dos palabras acerca del asunto, con motivo del nuevo manifiesto lanzado por *la comisión de propaganda* de la federación alcoyana, citando para el *meeting* y la manifestación que han debido verificarse ya, y acerca de los cuales no tenemos aún noticias.

«Un cambio en el nombre de las instituciones de la clase media nos acaba de demostrar que la misma explotación pesa sobre nosotros desde la proclamación de la República *burguesa* que durante la monarquía del Saboyano.

Así empieza el manifiesto, a juzgar por el cual los internacionalistas habrían esperado que con la República íbase a plantear su programa de anarquía, colectivismo y liquidación social.

«Y aunque si no el colectivismo, si no la liquidación social, por lo menos la anarquía está las puertas, si con mano fuerte no la reprimen los poderes públicos, no tenemos reparo en decir que obra sería aquélla de los hombres políticos por su inhabilidad, por su impotencia, y no condición inherente a la forma de gobierno. Y si esto se toma como una advertencia al Poder ejecutivo, tómese en buen hora; que no sobran en verdad las advertencias en esta materia.

«Para que esta injusticia desaparezca -dice también el manifiesto- es necesario que cese la infame explotación del hombre por el hombre; es necesario que hagamos la *liquidación social* para que todos trabajen y pueda cada uno recibir el producto íntegro de su trabajo.»

Nada nuevo dicen los internacionalistas alcoyanos, y nuestros lectores habrán visto ya esas ideas ampliadas en los documentos internacionalistas de que en varias ocasiones les hemos dado cuenta. Pero tememos que, aparte de los afiliados a la *Internacional*, haya en las masas populares quienes profesen iguales o parecidas ideas; que no es la primera vez que hemos hecho notar el peligro de ciertas predicaciones hechas para allegar fuerzas numéricas, y que han dado por resultado el que en no pocas localidades se traduzca «República federal» si no por «liquidación social» por algo que se le parezca.

Y algo más habría valido explicar que la República federal, como la unitaria, como las monarquías, tienen que someterse a las eternas leyes económicas, cuya violación no se lleva a cabo sin que sobrevengan perturbaciones que impidan precisamente que el obrero cobre el producto de su trabajo ni íntegro ni mermado, porque no habrá trabajo; perturbaciones que pueden llegar hasta precipitar a una nación en su ruina.

«Nosotros pediremos -añade el manifiesto internacionalista alcoyano, que pediréis, como nosotros, rebaja en las horas de trabajo y aumento de salario, porque nos morimos de hambre y de miseria; que protestaréis, como nosotros protestamos, contra la explotación del hombre por el hombre y que unidos todos y compactos por la más estrecha solidaridad, trabajaremos con energía para la *emancipación del proletariado*, y para quitarnos de encima todas las sanguijuelas que nos están chupando la sangre.»

Para no morirse de hambre y de miseria, no es el mejor medio ciertamente anunciar la liquidación social, hablar de la explotación del hombre y de la tiranía del capital, -esto último se lo han dejado en el tintero los internacionalistas alcoyanos- y para hacer reformas en las horas de trabajo y aumento de salario, ni es preciso ser afiliado *a la Internacional*, ni socialista, ni republicano.

Basta con que haya el libérrimo ejercicio del derecho de reunión y asociación, y reformas y muy importantes se han hecho y se están haciendo en Inglaterra en esos dos puntos, bajo el régimen monárquico; reciente está allí el *movimiento de las nueve horas*, en el cual entraron multitud de sociedades y asociaciones obreras sin necesidad de afiliarse *a la Internacional*, y en Inglaterra, país monárquico, funcionan hace tiempo los «jurados mixtos» con muy buen éxito, consiguiendo establecer esas reformas de rebaja de horas de trabajo y aumento de salario, sin las perturbaciones de las huelgas, por más que éstas hayan tenido allí más importancia que en ningún otro país, como la que duró nueve meses en el Staffordshire y consumió sesenta millones de reales de las cajas de las asociaciones obreras, y como la que hoy aún existe en el país de Gales.

Aquí, en España, durante la última monarquía, varias asociaciones confederadas de obreros obtuvieron en Cataluña reformas en aquellos dos puntos, con huelgas como la de Maulleu, no sólo sin afiliarse *a la Internacional*, sino protestando el Centro de las asociaciones obreras, cuyo órgano era el «Tejedor», de Valls, que no querían de ningún modo la guerra contra el capital, sino marchar en armonía con éste, y que si acudían a las huelgas, como medio de acción, aconsejaban, sin embargo, que se evitasen, porque el obrero es quien primero sufría con ellas, y que se propagase el establecimiento de los *jurados mixtos*, doctrina y procedimientos que están completamente reñidos con la doctrina (digámoslo así) y el procedimiento internacionalista.

No se necesita, pues, ni ser internacionalista, ni federal, ni republicano para introducir reformas en la situación de las clases obreras; ni es tampoco añadiendo a las perturbaciones que las luchas políticas y cambios de forma de gobierno originan, otras producidas por la confusión que se ha dejado nacer, o se ha hecho nacer exprofeso entre la idea de República federal y la idea de socialismo, y aun de colectivismo, como se puedan introducir otras reformas de igual índole, en aquello en que los poderes públicos puedan intervenir.

Para esto, ya lo hemos dicho, no es preciso que la forma de gobierno sea republicana; pero proclamada la República es preciso, absolutamente necesario, que los republicanos empleen todos sus esfuerzos en hacer desaparecer la confusión de ideas que antes hemos señalado.

No nos asustan ni las predicaciones, ni los manifiestos ni los congresos internacionalistas, antes de ahora lo hemos dicho, y Id hemos probado cuando la cuestión de *la Internacional* fue llevada a las Cortes; hemos pedido siempre que se deje libertad a los internacionalistas para que sus ideas salgan a la luz pública en vez de formar corrientes subterráneas; condenamos por entonces las medidas de que *la Internacional* fue objeto en Nápoles, como condenamos hoy la persecución de que está siendo objeto en Francia, donde acaban de ser condenados cuatro individuos por el tribunal correccional de París a dos años de prisión el uno y a un año los otros, por el hecho de estar afiliados a esa asociación.

Hemos condenado antes esto bajo el régimen monárquico y con mayor motivo lo condenamos hoy bajo el régimen republicano.

Pero también es preciso al mismo tiempo que se oponga propaganda a propaganda, asociación a asociación, y esto los republicanos necesitan más que nadie hacerlo con ahinco, precisamente porque si la primera necesidad de la monarquía es garantizar la libertad, la primera necesidad de la República es garantizar el orden social .

LA INTERNACIONAL Y LA REPUBLICA

“El Imparcial “, 21 de marzo de 1873

Los internacionalistas convocaron una reunión de la que ya hemos dado cuenta a nuestros lectores, y quieren celebrar en breve un *meeting* en el Circo de Price.

Precisamente, en estos momentos, recibimos uno de los diarios internacionalistas, «La Emancipación», órgano de la fracción internacionalista autoritaria, que la emprende con el órgano oficial de los internacionalistas antiautoritarios «La Federación» de Barcelona y «El Condenado», que ha vuelto a publicarse, y que «La Emancipación» declara no ser internacionalista, sino el más peligroso enemigo de *la Internacional*. Verdad es que «El Condenado» es también internacionalista antiautoritario, aliancista, esto es, adversario de la autocracia del Consejo general de Nueva York y partidario, como «La Federación», de la autonomía de las federaciones.

«La Emancipación», órgano de la «Nueva federación madrileña», la emprende también con los individuos de la «Antigua federación madrileña», que es la reconocida por el Consejo federal regional de Valencia.

De manera que la lucha entre autoritarios y antiautoritarios continúa cada día más enconada en el seno de *la Internacional* en general y entre los internacionalistas madrileños en particular. Unos a otros se excomulgan; los autoritarios, apoyándose en el Congreso del Haya; los antiautoritarios, apoyándose en la conferencia de Rimimi, en el Congreso de Saint-Imier y en el de Córdoba.

Y no paran los anatemas en excomulgarse unas a otras las colectividades, ya van entrando en las cuestiones personales.

El ciudadano González Morago ha demandado de injuria al ciudadano Víctor Pagés por una carta de Paul Laforgue publicada en «La Emancipación».

Esta, a su vez, llama al ciudadano González Morago *burgués* con capa de internacional. El ciudadano González Morago, que asistió al Congreso internacionalista del Haya como delegado

español, cometió el crimen, imperdonable para los autoritarios, de haber allí combatido la autocracia del Consejo general y defendido la autonomía de las federaciones.

Y «La Emancipación» dice que si ella hubiese seguido el procedimiento de acudir a la justicia *burguesa* ¿querría acudir a la ley de Linch?), habría a estas horas más de un aliancista en presidio. (Aliancista, léase internacionalista antiautoritario.) De otro aliancista dice que vive en el café Imperial, en tanto que su mujer y sus aprendices trabajan para él.

La «Nueva federación madrileña», que recibe órdenes e instrucciones del Consejo general de Nueva York, procura a toda costa desautorizar a la «Antigua federación madrileña» y el motivo es poderoso. Los autoritarios, los de «La Emancipación», siguiendo las órdenes del Consejo General, quieren arrastrar *a la Internacional* a constituirse en partido político, digámoslo así; tienden a la proclamación de la «República social» y publican acerca de esto un manifiesto dirigido a todos los trabajadores de España, para que, *llegado el caso, los consejos locales se conviertan en Juntas revolucionarias, que no se disolverán a la primera indicación del Gobierno.*

Sólo que la autoridad que tenga la *Nueva federación madrileña*, que reconoce como única doctrina las resoluciones del Congreso del Haya, y como autoridad suprema el Congreso general de Nueva York, no tiene gran influencia entre los internacionalistas españoles.

Confiesa además el manifiesto en cuestión que *la Internacional*, que hace un año «infundía en España el terror en los *burgueses*, e inspiraba grandes simpatías a la clase obrera, está hoy *casi olvidada y abandonada por muchos de sus adeptos*».

Quiere el manifiesto explicar este fenómeno por los «criminales manejos de unos cuantos intrigantes», léase aliancistas o antiautoritarios. Y no quiere entender que si *la Internacional* se ve «abandonada por muchos de sus adeptos» es porque estos han comprendido que no han de hallar solución con tales procedimientos, y que si no inspira simpatías a la clase obrera, es porque ésta ha comprendido que sin pertenecer *a la Internacional* y creer en sus delirios de colectivismo, que creen tal vez cándidamente haber inventado, pueden los obreros defender sus intereses cuando los crean amenazados o perjudicados, asociarse, y hasta tener sus cajas de resistencia y declarar un huelga, como grupos y muy numerosos de obreros lo han practicado en España y fuera de ella, no sólo sin pertenecer *a la Internacional*, sino profesando doctrinas y adoptando procedimientos contrarios a los de esa Asociación. No hay necesidad de explicar por «manejos criminales de intrigantes» lo que se debe a causas perfectamente naturales.

Pero a pesar de esas divisiones, a pesar de que los antiautoritarios rechazan la lucha política, mientras que los autoritarios; los kar-listas o marxistas quieren, como dice el manifiesto, que *la Internacional* no tenga por objeto sólo la lucha económica, sino también la política», fije la atención el Gobierno republicano que quiere, así lo ha prometido, hacer el orden, en esas recomendaciones de que *llegado el caso* se constituyan los consejos locales en juntas revolucionarias, que no se disolverán ante una intimación del Gobierno, y proclamarán la *República social*. Todo lo que pase de propaganda y sea alzarse en armas contra las leyes y el orden social, deber tiene el Gobierno de reprimirlo inmediatamente y con energía. Esto lo ha prometido solemnemente, no una, sino cien veces el Gobierno de la República.

Discutan en buen hora kar-listas y bakounistas acerca de la organización y procedimientos internacionalistas, discutan ese colectivismo, cuya organización no han explicado aún, como medio de llegar a ser a su vez *burgueses*, sin comprender que con esto, en la absurda hipótesis de que se plantease, sólo llegarían a la miseria general; excomulguense e injúriense unos a otros; que el obrero irá cada vez más reconociendo que si quiere mejorar su situación, tiene que

empezar por apartarse de *la Internacional*, y aún porque así lo va reconociendo, va quedando esa Asociación abandonada por muchos de sus adeptos; pero cuide el Gobierno de la República de que si se intenta pasar de la propaganda a la acción a mano armada, sea la represión tan rápida como enérgica.

La salvación de la República imperiosamente lo exige, y lo que es más, el orden social imperiosamente lo reclama.

Y no se diga por esto que nos vamos a tal o cual campo. Estamos siempre en el mismo. Decimos lo que siempre hemos dicho. El Gobierno de la República debe menos que ningún otro impedir la propaganda y discusión de las ideas, pero más que otro alguno necesita garantizar el orden social.

EL FEDERALISMO Y LA INTERNACIONAL

“El Imparcial “, 6 de agosto de 1873

El desencanto que el movimiento cantonal ha producido en la mayor parte de los que se llamaban federales, ignorando unos lo que era federación y alucinados otros por un ideal político, sin detenerse a examinar si era o no aplicable a nuestro país, obliga a algunos periódicos de ese partido a procurar contener el torrente del descrédito que sobre él se precipita.

Para ello intentan extraviar la opinión pública eximiendo de toda responsabilidad al federalismo en esa rebelión y arrojando todas las culpas sobre la Asociación internacional de trabajadores, como si ésta hubiera hecho otra cosa más que aprovechar la ocasión que aquél le deparaba para poner en práctica sus abominables teorías, y como si hubiera sido posible que levantada la bandera de la rebelión federalista, la Internacional no hubiera de aprovechar tan favorable coyuntura.

Conviene, sin embargo, mucho impedir que se aduldere en punto tan esencial la verdad de las cosas, porque esto puede dar lugar a que se reproduzcan en un plazo más o menos breve los conflictos que, por fortuna y gracias al concurso de todos los partidos liberales, parece que está en camino de dominar el Gobierno.

Cualesquiera que hayan sido los auxilios que la Internacional haya podido prestar a la rebelión, después de hallarse ésta declarada y en el ejercicio de sus devastadoras funciones, es lo cierto que ha tenido su base en el federalismo, que la han llevado a cabo diputados de la minoría federal con el asentimiento tácito o expreso de sus compañeros que, ya por medio de proposiciones como las del señor Navarrete, ya con discursos como los del señor Díaz Quintero, ya con frases gráficas como las del señor don José María Orense, han hecho todo lo posible para librar a sus compañeros de las penas a que se habían hecho acreedores o para atraerles el concurso y la voluntad de las provincias que respondieron desde luego al grito de guerra lanzado al retraerse la minoría de asistir a las sesiones de las Cortes.

Pero no sólo han partido declaraciones simpáticas para la rebelión desde los bancos de la izquierda, sino desde el mismo banco azul, cuando lo ocupaban federales tan autorizados como los señores Pi y Margall y Súñer y Capdevila (mayor).

Todos sabemos que investido éste todavía con el carácter de ministro y después que la rebelión había tomado proporciones formidables, declaró que él no firmaría jamás una sola disposición para castigar con la fuerza de las armas a las insurrectos de Alcoy y Cartagena; y nadie ignora tampoco que el señor Pi y Margall justificaba desde lo más alto del poder a esos

mismos insurrectos a quienes había dejado en completa y absoluta libertad, diciendo que el mejor medio de traerles al camino del orden era acceder a sus exigencias, planteando todas las reformas políticas, económicas y sociales que el federalismo había prometido en su período de propaganda.

De nada sirve, pues, que cuando la rebelión va de capa caída uno o más periódicos quieran quitarla su carácter eminentemente federal, porque todo, absolutamente todo, ha concurrido a imprimirla ese sello y a que se lleven a la cuenta de cargo de la recién nacida todos los atropellos, todas las violencias, todos los crímenes cometidos en Alcoy, en Cartagena, en Valencia, en Málaga, en Granada, en Sevilla, en Cádiz y en tantos otros puntos.

Es cierto también, y no hemos de negarlo, que en Alcoy, en Valencia y en Sevilla mismo han luchado juntos federales e internacionalistas; pero esto no es un hecho casual, sino lógico y fatalmente necesario, que se reproducirá, estamos seguros de ello, siempre que se intente plantear en un país como España la federación pura, sin mixtificaciones y sin hipocresías; porque la base del planteamiento de esa forma de Gobierno en nuestro país es precisamente la aspiración culminante de la Internacional, «la anarquía en el sentido de carencia de todo Gobierno».

Y es inútil buscar rodeos para oscurecer la verdad. La federación puede llevarse a cabo sin pasar por la anarquía cuando se va de la variedad a la unidad, cuando diferentes Estados que tienen vida propia, especial e independiente, convienen en enlazarse por un pacto federal que pueda ser común a todos sin detrimento de las leyes por que cada cual se venía rigiendo, sin perjudicar los intereses peculiares de cada Estado, sin atentar, por consiguiente, al constituir la federación a ninguna de las autonomías, cuya libérrima manifestación es el fundamento de esa forma de gobierno.

Pero en España no puede seguirse ese procedimiento: hay que ir de la unidad a la variedad para reconstituir aquella después de realizada ésta por medio del pacto federal; antes de federar Estados hay que dar existencia a éstos; éstos no pueden existir sin el libérrimo concurso de los municipios que hayan de constituirlos, y el municipio a su vez sólo puede existir por la concurrencia de voluntades de los ciudadanos que quieran pretender a uno, que no está determinado previamente, sino que ellos determinan en el momento de hacer uso de su autonomía.

Esta es la buena teoría federalista, la que han propagado los escritores y los oradores de ese partido en nuestro país, y a la cual han debido su éxito entre ciertas clases, prescindiendo de las ideas socialistas, comunistas y colectivistas con que la han exornado para halagar más y más los apetitos de las muchedumbres.

Aquí se ha dicho por los apóstoles del federalismo a las masas a quienes predicaban: «Ciudadanos, si queréis ser verdaderamente libres es precisó que seáis federales, porque éste es el único sistema que respeta todas las libertades, todas las autonomías; siendo federales, perteneceréis al municipio que queráis, y este municipio tendrá las leyes que mejor os parezcan, sin que os las impongan un poder central, absorbente, que ante la idea de la unidad sacrifica vuestros usos, vuestras costumbres, vuestras tradiciones y vuestros intereses; después, los municipios así formados podrán unirse entre sí como mejor les convenga para formar libérrimamente el cantón, que se dará a su vez con la misma libertad las leyes que más le convengan, sin tener que subordinar sus intereses, sus ideas y sus aspiraciones a las aspiraciones, ideas e intereses de otras localidades, que pueden tenerlos diferentes y aun opuestos; y, por último, estos cantones, que tendrán su Constitución, su poder legislativo, su

poder ejecutivo y su poder judicial propios, como propios los tendrá también cada municipio, entrarán asimismo libérrimamente a formar parte de la gran federación española, cuyos poderes centrales no podrán nunca por tan excelente mecanismo coartar en lo más mínimo ni la autonomía cantonal, ni la autonomía municipal, ni la autonomía individual.»

Pues a este sistema no puede llegarse sin que desaparezca en un momento dado todo el organismo político existente, el gobierno central, el provincial y el municipal a fin de que la autonomía de los ciudadanos, ejercitándose con amplia libertad, cree el municipio, y la reunión voluntaria de éstos el cantón, y la de éstos a su vez la federación española; y ese momento corto o largo, según se forme más o menos pronto el municipio federal, desde cuyo instante ya existe el gobierno municipal, es *la* anarquía, es la carencia de todo gobierno, es la aspiración suprema de **la** Internacional.

Todo lo que no sea seguir ese procedimiento es antifederal, porque la voluntad de unos cuantos se sobrepone a las autonomías, y por **eso** la cuestión de división territorial es la cuestión magna, la más seria, que separa a unos federales de otros, porque todos ellos quieren ver imperante su capricho; éste haciendo cuatro pedazos el mapa de España, aquél ocho y el de más allá dieciséis o veinte o treinta, sin consultar para nada a esos individuos, a esos municipios y a esos cantones, a quienes se intenta federar como manadas de corderos, sin voluntad propia ni autonomía individual, municipal y cantonal; y por eso nosotros hemos creído menos arbitrario mantener la actual división de provincias, que por lo menos tiene el fundamentó de la costumbre, que es para los pueblos una razón poderósísima.

De todas maneras, nosotros insistimos en que el federalismo y la Internacional en España tienen de común que no puede realizarse aquel científicamente sin pasar previamente por el ideal político de esa asociación; que el medio necesario del uno y el fin de la otra es una misma cosa, la anarquía; no siendo justo que después de la derrota los federales echen sobre la Internacional culpas que les son comunes, porque no pueden menos de vivir en nuestro país en estrechísimo consorcio.

INTERNACIONALISMO E INTERNACIONAL

“La Epoca“, 14 de julio de 1873

En los horrorosos acontecimientos de que Alcoy ha sido teatro y víctima, parece indudable la intervención de la funesta influencia de la Internacional; y para que esa influencia tenga un carácter de extranjerismo más marcado, se anuncia, por conductos al parecer autorizados, que en aquella localidad los internacionalistas no seguían el impulsó y las órdenes de los centros directivos que la turbulenta asociación tiene establecidos en la Península. Triste cosa es que desde hace algunos años no se realice en España suceso alguno desastroso de los que tan frecuentes van siendo, que no sea efecto de los manejos de enemigos de nuestra patria, o por lo menos, motivo de regocijo para los mismos. Así como en la manera de tratar los asuntos conexados con las relaciones entre la Iglesia y el Estado, todo ha sido amargura para los católicos, que componen la inmensa mayoría del pueblo español, y todo satisfacciones para las sociedades de propaganda protestante y para los secuaces de filosofías ateas; así como en las cuestiones ultramarinas constantemente ha habido ocasiones de profundo disgusto y de fundados temores para los buenos patriotas, al mismo tiempo que de regocijo para los filibusteros y los separatistas; de la misma manera en el desarrollo del socialismo, o más bien de las más feroces pasiones antisociales, mientras la industria española es destruida y la riqueza nacional decrece, hay influencias extranjeras que se felicitan.

La Internacional es ya de por sí, como su nombre mismo indica, un elemento de extranjerismo introducido en nuestras disensiones políticas interiores. Además tiene el carácter de enemigo de la industria nacional. Sobre su origen se han hecho varias versiones, creyendo los más que tuvo principio cuándo fueron a la Exposición universal de Londres, en 1862, algunos obreros franceses, subvencionados por el emperador Napoleón; pero de ese modo no se hace más que fijar una fecha. La verdadera causa de haberse formado la Internacional estuvo en el éxito desastroso que para la industria inglesa habían tenido los *Trades Unions*. Con sus huelgas y sus exigencias de aumentó de salarios y disminución de horas de trabajo habían hecho que el crecimiento del coste de la manó de obra obligase a muchos capitalistas a cerrar sus fábricas. La experiencia demostraba, y el más sencillo raciocinio hubiera bastado para demostrar, que si las reclamaciones de los *Trades Union* conseguían buen éxito, la industria inglesa dejaría de estar en buenas condiciones para sostener, no ya la superioridad, sino la competencia con las industrias de otros países. Era preciso, pues, que las alteraciones en las condiciones de trabajo se extendiesen por todas partes para que, elevándose al mismo tiempo por donde quiera el coste de la mano de obra, no resultase una diferencia desfavorable para los obreros ingleses. De aquí la idea de la asociación internacional, cuyo principal foco ha estado en clubs más o menos clandestinos de Londres.

Pero, establecida la organización que trae a países como el nuestro una influencia extranjera disolvente, claro está que el primitivo y constante objeto de los internacionalistas se consigue más pronto y más completo, si no contentándose sus discípulos y secuaces con violentar las condiciones de relación entre el capital y el trabajo, se propasan a destruir por medio del incendio y del terror las industrias españolas. Trabajando menos cada día y exigiendo más precio por el trabajo se dificulta que los productos industriales españoles consigan la baratura que les permitiera competir con los extranjeros; pero el resultado es más grande, y más pronto y más seguro, si se pega fuego a las fábricas y se amenaza de muerte a los capitalistas. Estos últimos ceden a la presión de una violencia brutal, y desisten de emplear su dinero en promover los adelantos de la industria nacional.

Los incendiarios, que corresponden a la clase de pobres obreros ilusos a quienes se ha llenado la cabeza de utopías irrealizables o el corazón de rencores y saña, concluyen por perderlo todo, siendo siempre tan segura, por lo menos, su propia ruina como la de los capitalistas; pero los extranjeros que han inspirado los crímenes no creen haber perdido su tiempo ni su trabajo reduciendo a la miseria y manchando con la infamia de delitos atroces a obreros españoles.

Lo peor es que, comprendiendo bien todo esto, haya quien desde las regiones del poder lo vea impasible o juzgue necesario contemporizar con la barbarie socialista.

GUERRA SOCIAL

“La Gaceta Popular “, 12 de julio de 1873

El alcalde y los concejales de Málaga, muertos a tiros en las calles, y el saqueo de la maestranza de Sevilla, últimos episodios de este desbarajuste nacional en medio del cual vivimos todos de milagro, y que se consideraban ayer como la triste y postrera consecuencia de tanto desorden, no eran sino pálidos precursores del oscuro porvenir que todos presentíamos.

Sólo el Gobierno y la Asamblea, es decir, los encargados de nuestra felicidad y de mantener el público reposo, ni se preocupaban ni temían.

Las nubes y los relámpagos anunciaban tempestad, y no se pensaba en colocar un pararrayos.

El primer chispazo ha caído en Alcoy, en uno de los pueblos fabriles en que más electricidad se había acumulado; la tormenta está declarada y nos sorprende navegando a toda vela.

Las casas arden; las máquinas, esa última palabra de los adelantos materiales, caen rotas en pedazos; la piqueta internacional mina ya los cimientos de la civilización; del seno de la sociedad surgen sus más encarnizados enemigos; si son vencidos, nuevos arroyos de sangre correrán por el país; si vencen, la barbarie y la estupidez borrarán en su triunfo toda huella de saber, todo el producto del trabajo, todo germen de progreso.

-¿A dónde vamos? -decían orgullosos los encomiadores de la civilización moderna, soñando en la conquista del universo por el hombre.

-;Quién sabe! Acaso al caos -contestaban con desconfianza los que, admirando los rápidos adelantos materiales, se asombraban de que la sabiduría actual desdeñase el tesoro de la experiencia práctica acumulado en cada pueblo por los siglos.

La mayoría agitaba sus pañuelos, saludando con júbilo al siglo de las luces.

¡Hermosa palabra! ¡El siglo de las luces!

Pero los internacionalistas se dirigen al contador para dejarnos en tinieblas.

La guerra estaba declarada. Los periódicos de la Internacional lo habían consignado francamente. Guerra a Dios, a la propiedad, a la familia y a toda forma de gobierno.

Al primer grito contestaba el poder nombrando ministro a Suñer y Capdevila.

Al segundo respondía «La Igualdad» con el proyecto de ley sobre herencias.

Y al cuarto contesta la República Federal con el cuadro de la anarquía más completa.

Lo que sucede en Alcoy no nos sorprende: lo esperábamos en Málaga, en Barcelona, en Valencia, en Reus o en cualquier población; no es un movimiento político, es la primera convulsión del cuerpo social, que está en peligro de morir.

Estábamos completamente en el aire.

Es decir, vivíamos en sociedad sin vínculo ninguno, asociados sin un fin determinado, divididos en las cuestiones más vitales, fraccionados en los asuntos más sencillos, desde la idea religiosa, la formación de gobierno y el sentimiento de la patria hasta la personalidad que representaba la fracción política menos importante.

Y nos admirábamos, con razón, de que España no diese un estallido.

Nos hallábamos en el caso de aquel loco que quiso saber qué se experimentaba al caer desde una altura inmensa. Para hacer el ensayo construyó un globo, subió en la barquilla y, cuando estuvo a una gran elevación, se lanzó resueltamente en el aire, y dijo en el primer instante del ascenso: «Hasta ahora no se va mal; como esto continúe...»

No podía continuar.

Hoy se practica la anarquía, y los internacionalistas creen, no sin lógica, que la sociedad les pertenece.

Se han consentido sus predicaciones, se les ha dejado organizarse; acaso tengan más fuerza que el Gobierno.

¿Quiénes serán las primeras víctimas de la guerra social que ha empezado?

La consecuencia no es difícil: El Gobierno, para combatir a sus nuevos enemigos, necesita el apoyo de la sociedad; pero ésta creemos que no tiene confianza en el Gobierno.

Está acabándose el período de las luchas políticas y han empezado otras más hondas.

Los republicanos socialistas han jugado con fuego y se asombran de sentir las primeras quemaduras; se parecen a esos leyes revolucionarios que se admiran cuando las revoluciones los destronan.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

LOS LEADERS DE LA INTERNACIONAL

“La Independencia“, 29 de junio de 1873

Los jefes de la Internacional en nuestra ciudad gastan los últimos caudales de la Asociación en un pasquín diario, con los cuales infestan las esquinas de Barcelona. Acostumbrados hasta ahora a verse respetados en el recinto de sus secretos cónclaves, han bastado algunos chispazos de disputa contra su conducta insensata y jesuítica, expresados por algunos hijos del trabajo, víctimas de sus manejos o más interesados que ellos en conservar la conquista del pueblo, simbolizada en la República democrática federal, para sacarles de quicio.

Esto prueba dos cosas: o que los jefes de la Internacional, irresponsables como los leyes, autoritarios como los reyes, se creen también inviolables como los mismos leyes, teniendo una epidermis sobrado fina para rudos trabajadores; o que la vasta asociación del trabajo, que ellos han pervertido a fuerza de inconsecuencias y de dislates, se desmorona, cual castillo de naipes, al más leve soplo, al primer golpe que le asestan algunos pocos obreros, no muy bien avenidos a que se les lleve de la oreja por el camino de su perdición y de la ruina de su causa.

Creemos de buena fe que este último extremo, más que el primero, es el que determina la actitud de los caudillos de la Internacional, que no estuvieron de mucho tan labiosos contra Sagasta, cuando en pleno Congreso se discutía su legalidad, como lo están hoy contra la luz de la libertad republicana, que pone a la vergüenza sus insensatos manejos, su proceder incalificable, su gestión torcida.

Al fin y al cabo, Sagasta al cohibir el derecho de asociación no hacía más que convertir en secreta una sociedad pública, afirmando con ello más y más la posición de los jefes de la Internacional, ya que a cencerros tapados es más fácil ser autócrata y manejar con menos riesgo las masas condenadas al silencio y a la obediencia pasiva.

Pero contra la luz de la libertad, ¿qué medios deben emplearse?... Harto lo vemos en los actos mismos de los jefes de la Internacional. El desvarío es el más eficaz de todos; el desvarío que engendra excesos, inquietud, turbulencias; el desvarío que mata la luz del raciocinio y enciende el fuego de la pasión desordenada; el desvarío que llama a la reacción, esa reacción tan deseada por algunos, que medran a su sombra, por algunos que para prepararle el camino se mezclan entre los obreros y explotan inícuamente su ciega buena fe, juegan con sus necesidades más dignas de respeto y los convierten en instrumentos de sus fines.

Pelo callen las apreciaciones y hablen los hechos; hablen los hechos y discierne el buen sentido del obrero amante de su emancipación.

¿La quieren, por ventura, los que sin ser obreros los dirigen (¡y por qué camino!), excitándoles continuamente a la perturbación, al desorden, al desconcierto?...

¿La quieren, por ventura, los que hablan continuamente de *burgueses*, pala que nadie se fije en sus verdaderos intentos, que estriban en acaparar la *burguesía*, al frente de una sociedad obrera, alimentados con los recursos de la misma?...

¿La quieren los que en vez de instruir al obrero fomentan su ignorancia a fuerza de predicaciones insensatas y de propósitos irrealizables?

¿La quieren los que pervierten la democracia, que es el derecho igual para todos y el procedimiento pacífico pala la satisfacción de todas las necesidades, cuando la opinión las acoja y el sufragio las remedie?

¿La quieren los que antes de ver solidada la República y organizada la Federación, cuando es necesaria mayor copia de cautela, de sensatez, de prudencia, siembran por doquiera recelos injustificados, desconfianzas injustas, soliviantan los ánimos, emprenden huelgas desastrosas y se gozan en el desasosiego, en la intranquilidad, en la ruina, en el desconcierto, en la destrucción, en la guerra de clases, en el hambre del obrero y en la muerte del trabajo?

¿La quieren los que ayer callaban y no se les veían en parte alguna, cuando el látigo de Nalvéez y de González Bravo cruzaba la cala de los patriotas, a quienes hoy se les llama farsantes, y conservadores y *burgueses*?...

¿La quieren los que públicamente y en pomposos escritos, llenos de frases huecas de sentido, excitan a los obreros para que tomen las armas contra la maldita estirpe de los carlistas, y secretamente, en sus conciliábulos, se proponen allegar fuerzas para verificar cuanto antes la tan decantada *liquidación social*?

¡Ah!, si los obreros meditaran, como a meditar empiezan las consecuencias de dejarse llevar por ciertos caudillos, a quienes deberían echar de su honrado seno diciéndoles: «La emancipación del obrero es obra del obrero mismo; vosotros lo habéis dicho: cuando tengáis las manos callosas por el trabajo, volved y nos emanciparemos.»

Pero, precisamente porque empiezan a meditarlo, los jefes de la Internacional se revuelven rabiosos, sin ver que con sus contorsiones acaban de derrumbar una obra a costa de tantos sacrificios levantada.

De aquí la disolución que se ha pronunciado en el seno de la vasta ; Asociación, disolución que deploramos, amantes como somos de la clase trabajadora; pero que no sentimos tanto, porque es lógica consecuencia de torpezas que no pasan nunca sin el debido correctivo. Si muere la Internacional, culpa será de sus jefes, no de los obreros que se resistan a seguirles hasta el derrumbamiento de la disolución. Cúlpense, pues, a sí mismos y no se desaten con tanta furia contra quienes, al condenar su conducta, no hacen más que dar la voz de ¡alerta! a la clase obrera, a la que estiman y respetan, para que, pretendiendo buscar la emancipación por el camino que les señalan, no encuentren lo que es peor que la muerte, la vergüenza y el implacable castigo de la reacción desenfrenada.

DALE QUE DALE

“La Independencia“, 29 de junio de 1873

La Internacional no debe mezclarse en la política. Este fue durante algún tiempo el *mot d'ordre* que reinó en la Asociación de los Trabajadores. En vano pedíamos el auxilio de los jefes de esta Asociación: «La Internacional no debe mezclarse en la política», era la respuesta que se nos daba.

Y lo peor del caso es que si algún socio, en el seno de las reuniones, se atrevía a defender lo contrario, pronto caía sobre su cabeza **el** anatema de los mangoneadores de los obreros. Si fuésemos a citar nombres de personas que se encontraron en este caso, tal vez saldría quien afirmase que tuvo por algún momento la epidermis en peligro en el seno de aquellos conciliábulos.

A pesar de esto, hoy no sólo puede la Internacional inmiscuirse **en** política, sino que tiene el derecho de la primacía en estos asuntos y puede públicamente decir que desconfía de las Cortes, del Gobierno y de nuestras autoridades locales, puede tacharnos con la negra nota de *burgués*, puede dictar leyes a todos los poderes para cumplir debidamente el credo democrático republicano federal y amenazarles con que el pueblo trabajador se levantará como un solo hombre para hacerse justicia, etc.

Así nos lo ha notificado en un enorme pasquín, con que, según costumbre, ha embadurnado las esquinas de la capital, lleno de venenosa rabia para dejar traslucir a la legua *el efecto fatal que en los caudillos* de la Internacional producen nuestras prudentes cuanto desinteresadas advertencias a los obreros honrados.

No hemos de perturbarnos por las acusaciones que se nos lanzan, nosotros que desde algunos años venimos hablando diariamente al público con entera e imparcial franqueza, y menos hemos de perturbarnos procediendo éstas de personas desconocidas hasta ahora en el campo de la política, y para las cuales ha sido la proclamación de la República lo que a las setas una copiosa lluvia de otoño.

Más a aquellos desgarradores gritos de ¡Alerta, obreros!, ¡Alerta, pueblo trabajador! ¡La Independencia es el órgano de la burguesía republicana! ¡La Independencia no quiere que el obrero se emancipe! ¡La Independencia quiere que volvamos a las doce horas de trabajo y a la disminución de jornales!, debemos contestar con otros menos desgarradores y más exactos.

¡Alerta, obreros! ¡Alerta, pueblo trabajador! Mirad quién os dirige y adónde os dirige; considerad que la República democrática federal no es el reinado de la violencia, sino de la paz y de la armonía; no os dejéis deslumbrar por las ventajas de huelgas impremeditadas, hechas **sólo en** beneficio del general desasosiego y en pro de la reacción, para volveros, como en 1856, después del 1854, que no supisteis aprovechar, al ominoso establecimiento de las libretas; medita sobre los antecedentes de los hombres que tenéis a vuestro frente, y pensad en que el jesuitismo no tiene ya necesidad de vestir sotana; considerad que un exceso de bienestar, no fundado en razones justas y morales, produce necesariamente el correspondiente exceso de malestar al encauzarse las situaciones; y no os fiéis de palabras huecas, de excitaciones absurdas, de promesas irrealizables, sino de razones sensatas y convincentes.

¡Pero qué! ¿Tenemos acaso necesidad de decirle esto al obrero, cuando afortunadamente el buen sentido de que está dotado se lo aconseja, cuando en consecuencia de esas sanas reflexiones vuelve las espaldas al nefando jesuitismo, cuando los mismos jefes de la

Internacional con sus gritos desconcertados nos demuestran el efecto que les produce la disolución que reina en el seno de una asociación que hasta ahora habían dirigido a su antojo?...

No, el movimiento está iniciado y el movimiento llegará a su fin, no en virtud de nuestras pobres excitaciones, sino en virtud de las leyes de la lógica, que no han dejado nunca de cumplirse. Y seguiremos viendo a un puñado de energúmenos dando al aire el grito de liquidación social, de guerra a muerte a la burguesía, hasta quedar roncós, mientras a su lado los obreros honrados, laboriosos y morales cimentarán su emancipación en la moral, en el trabajo y en la honradez, levantándose poderosos sobre la *burguesía*, que no se abate con gritos ni se domina con violencias, sino que se vence con perseverancia, con economía y con el gran principio de la asociación, de que tan mal uso han hecho los caudillos de la Internacional.

Y cuando alguno de éstos, en nombre de 40.000 obreros, se proponga hacer una manifestación desatentada, verá que responden a su llamamiento algunas docenas de infelices, que todo lo son menos obreros.

Y no valdrá alquilar blusas por algunos *ultra burgueses*, para seducir con sus discursos pomposos a la clase trabajadora, pues ésta no tendrá ya necesidad de discursos, sino de ejemplos.

Esto sucederá, porque esto empieza ya a suceder, y esto precisamente es lo que hace salir de juicio, más aún que a los firmantes del pasquín a que hacemos referencia, a los que entre bastidores no amasan el pan con el sudor de su frente, sino con la saliva de sus discursos. Y de esto no tiene la culpa la Independencia, ni tiene la culpa quien trate de perturbar la buena unión y armonía de los trabajadores, ya que nadie paga para realizar este objeto, que de todos modos sería contraproducente; la culpa de todo esto la tienen los que han abusado de todas las consideraciones que al obrero se deben; los que han tratado de desviarla del recto sendero del deber y del respeto; los que han producido un verdadero empacho de palabras huecas y de propósitos desatentados; los que, **en fin**, queriendo abusar de su buena fe, le han hecho receloso y, queriendo abusar de su ignorancia, le han vuelto cuerdo.

Medítelo y desahóguense en sí mismos los caudillos de la Internacional, que suya es la culpa, suya la vergüenza y suyo ha de ser también el castigo.

ESPIRITU ANTISOCIAL

“La Defensa de la Sociedad“, 1 de mayo de 1873

Desdichados tiempos aquellos en que, como hoy acontece, se atacan los principios y fundamentos cardinales de toda sociedad, negando a Dios la familia, la propiedad y, con ella, el derecho al trabajo, garantía necesario para la vida y prosperidad de los pueblos.

En todas épocas ha habido hombres turbulentos y sediciosos que, agitando las masas y seduciéndolas con el aliciente del botín o el merodeo, las impelían a derribar lo existente, tomando por bandera un principio o un nombre personal o histórico, o bien un interés colectivo más o menos extenso: ha habido aventureros que, cifrando toda su gloria en los combates, y codiciosos de un rico botín, saqueaban poblaciones y territorios, conquistándolos para asentarse en ellos y fijar allí sólidamente su morada; pero la osadía de los innovadores modernos estaba reservada a una época de escepticismo y de debilidad autoritaria, cual la que presenciamos en gran parte de la Europa moderna. Desde la aparición de la Reforma, las aberraciones del individualismo no han tenido límites; el mundo moral ha padecido crueles dolencias; en cambio, el mundo material, ensanchando los horizontes de la vida, ofreciendo mayores goces y

comodidades, ha engendrado un refinamiento de sensualidad que amenaza destruir la nobleza de los caracteres, el valor de las razas y la entereza de las convicciones. Débese a la reforma y a las luchas intelectuales, que provocó ese espíritu inquieto, analizador, negativo, que se agita hoy imponente en las sociedades modernas; y no es posible explicar nuestro estado y el de la Europa, sin hacerse cargo del valor e influjo del protestantismo en las leyes costumbres de la época. No aspiramos ciertamente a emprender una obra de esta naturaleza, superior a nuestras fuerzas, sino que, al hablar o escribir sobre la Internacional, no es posible contemplar el hecho aislado, sin reconocer su filiación y carta de naturaleza en la Europa moderna; sin considerar que la reforma y una falsa economía política, además de las malas pasiones, la ambición, la codicia y concupiscencia de goces materiales, la holganza y ausencia de las ideas de caridad y amor, que crea y alimenta la religión cristiana, son los verdaderos orígenes de esta gran calamidad. Y si a esto se añade la mal entendida tolerancia de los gobiernos, que, incapaces de distinguir el error de la verdad, le dejan vivir, fomentarse y crecer, pagando a la mal entendida libertad este tributo, tendremos una idea aproximada y segura de su aparición en el mundo; y claro es que no doy importancia a las utopías antiguas en el nacimiento de la Internacional: la república de Platón; la ciudad del Sol de Campanella, la utopía de Tomás Moro y hasta el código de Morelly ni han agitado el mundo ni parece que estaban destinadas a traspasar el recinto de las bibliotecas de los filósofos; pero sí creo digno de llamar la atención el levantamiento de los anabaptistas de Alemania, capitaneados por Tomás Münzer de Alsted, el primero que les dio impulso político, lanzándoles al exterminio y matanza de los poderosos y predicando la comunidad de bienes: «Atacad -decía- a los señores con el hierro de vuestras minas; no temáis, que Dios está con vosotros»; y le seguían, dice la Historia, decididos a no dejar con vida a ninguno de los que vivían en el *ocio*; cometieron grandes crímenes, pero sufrieron un terrible y cruel escarmiento, habiendo perecido cerca de cien mil hombres. Este movimiento herético-político, nacido de la falsa interpretación de las escrituras y textos evangélicos, así como del desenfreno racionalista que produjo la reforma, viene a ser un trasunto fiel de las tendencias del moderno internacionalismo.

La Icaria de Cabet, el Fourierismo, el Sansimonismo y aun el Owenismo, establecían principios y doctrinas en medio de un comunismo imposible y de utopías irrealizables; pero la Internacional de hoy es la campana de somaten contra la sociedad; es la negación de su existencia; es la proclamación del caos, de la anarquía, de la disolución de las ciudades, villas, aldeas y pueblos; en fin, de la guerra y la barbarie.

La Internacional carece de principios, porque no pueden llamarse así ciertas teorías que no la pertenecen del todo sobre la organización del trabajo y el capital, que no han formulado aún, sino en son de amenaza, al declarar la guerra a cuanto hay de íntimo y fundamental en el orden económico-político existente.

La propiedad: he aquí la palabra fascinadora que provoca la ira internacionalista, lanzándola a las famélicas muchedumbres, para que la saboreen con fruición, ínterin llega el día del desengaño después de la tormenta.

Cuando la idea comunista iba haciendo prosélitos en la vecina Francia, tan amiga de novedades, el célebre estadista M. Thiers, escribió un excelente libro rudimentario y filosófico sobre la conveniencia, necesidad y justicia de la propiedad: aquel libro no ha sido combatido, porque no podía serlo; pero, en cambio, la Francia, caminando por una pendiente materialista, ha llegado a ofrecernos el espectáculo más espantoso, producido por ciertas ideas, sirviendo de este modo de enseñanza a la Europa atónita y aterrada en unas épocas ante el horrible estridor de la guillotina, como en la actual ante las voraces llamaradas del petróleo.

Es evidente que el internacionalista no ama la libertad; ésta, en el orden económico, supone la concurrencia producida por la oferta y la demanda; supone el espontáneo desarrollo del trabajo en la producción agrícola o industrial; mas la coalición de las huelgas, ya pacíficas o amenazadoras, tiende a perturbar el equilibrio natural y equitativo emanado de la libertad. Si siempre que los gobiernos han tratado de alterar los precios de las mercancías han fracasado en su empresa, ¿qué no sucederá cuando el impulso viene de masas ignorantes o interesadas?

No es menos enemigo, en el orden político, de la libertad: para dar en el blanco de sus miras, ¿qué necesidad tiene de equilibrio de poderes, de Constituciones, de Códigos civiles, y de todos esos monumentos de sabiduría que nos han legado las generaciones pasadas, para afirmar y sostener el social edificio? ¡La libertad! La libertad supone el orden. ¿Y qué orden han de apetecer los que sobre las humeantes ruinas de las poblaciones niegan a Dios, destruyen las leyes de la propiedad y pretenden, ¡insensatos!, borrar hasta los tiernos afectos de la familia? No discuten, como otro género de políticos, si la propiedad puede o debe amortizarse en tal o cual forma; si un poseedor puede gravar perpetuamente el usufructo o propiedad de una finca que disfruta; si sería más o menos conveniente que la propiedad estuviera más o menos dividida: cuestiones complejas y difíciles, que envuelven graves problemas. El internacionalista niega la propiedad; no sabemos si para caer en la sima del comunismo o para desnudar a los débiles actuales poseedores, en nombre de una idea falaz, que tiene un nombre propio en todos los Códigos europeos, así antiguos como modernos; y negando todos los derechos, trata de imponerse por la fuerza; la fuerza, que aquí representa la injusticia, la arbitrariedad y la tiranía, enemigas en un todo de la libertad.

Los internacionalistas oscurecen la idea del trabajo personal, tan digno de recompensa, para no verse en la necesidad de respetarlo: el fruto del trabajo es una hermosa propiedad, sin cuyo goce no se comprende el pacífico organismo de un buen Estado. Y ¿qué propiedad más legítima que la que nace de las facultades intelectuales y de los actos físicos que las determinan, en conformidad a las leyes morales, naturales y orgánicas del individuo? Ni ¿qué otra cosa es la riqueza, donde clavan sus centelleantes y ávidas miradas los internacionalistas, sino el trabajo acumulado, proveniente en último término de la inteligencia y la voluntad? Negad estas dos facultades al obrero, y le reduciréis a la condición de bruto. Decidme ahora: ¿qué clase de riqueza hay que no nazca de estas dos verdaderas fuentes? Porque no habéis de reducir la Europa moderna a vivir de bellotas, plátanos y raíces silvestres. Pues bien, la negación de la propiedad envuelve o lleva en sí la negación de las facultades humanas la inteligencia y la voluntad; envuelve la destrucción de la libertad, el aniquilamiento del ser humano en sus legítimas manifestaciones y ejercicio natural de sus atributos, y ofrece en perspectiva la tiranía y la miseria. Sí; el trabajo acumulado, o por otro nombre, la riqueza, es necesaria al progreso y prosperidad de los pueblos, si no han de llevar la vida infeliz y desdichada de las hordas salvajes del África; si no han de fenecer los monumentos artísticos, las letras y todo cuanto una civilización espléndida ha creado a fuerza de perseverancia, de sobriedad, de economía, de inventiva, de ingenio y artificio en los pueblos modernos: la negación de la propiedad es la negación del trabajo, de la riqueza, de la civilización, del progreso, de las ciencias, de las letras, de las artes y de todo cuanto puede enaltecer al hombre, aproximándole al fin para que fue creado.

El internacionalista ofusca la inteligencia del desvalido y hambriento, convidándole a un banquete servido con manjares exquisitos: para que tome asiento, le impele al través de un lago de sangre y fuego; y no sabe el infeliz ofuscado que si tinto en sangre bebiera las copas de aquel nefasto festín, instantáneamente moriría.

Es indudable que las naciones que han perdido de vista el cielo, y donde el individualismo ha creado una población flotante, materializada con los goces sensuales, al menor desequilibrio entre el consumo y la producción, se agitan, se exasperan y culpan a los poderes públicos de la falta que su imprevisora y antieconómica conducta les han acarreado: entonces los embaucadores políticos, los decisores de la *buena ventura*, alistan gran número de prosélitos, que, fanatizados con la esperanza de un porvenir lisonjero, arrostran todo género de peligros, cometiendo todo linaje de crímenes.

Los gobiernos sabios y previsores, que saben distinguir el error de la verdad, no consienten la proclamación del primero, y defienden cuanto pueden las ideas de verdad, de religión, de moralidad, de justicia, fomentando la instrucción de las clases desvalidas, apoyándose en los principios y doctrinas de caridad y abnegación, que la religión cristiana ensalza, para hacer buenos y felices a los hombres. El necesitado, el obrero, debe aprender que la economía en los gastos de la vida no sólo es un ahorro y acumulación de capital, sino un medio higiénico de conservar la salud y de alcanzar, o aspirar, a una respetable longevidad, que no se obtendría jamás con la disipación y los gastos superfluos.

Algunos economistas han podido, con sus doctrinas, influir en el desarrollo subversivo del elemento o embrión sedicioso de la Internacional, cuando sostienen que el aire, el agua y la tierra deben pertenecer a todos los hombres; y, efectivamente, estos elementos están al servicio de todos; habiendo creado Dios los dos primeros con tal abundancia y sabiduría que no había necesidad de elaborarlos para consumirlos, haciéndose innecesaria su apropiación; no sucede lo mismo con la tierra, que (si bien pueden y han podido todos adquirirla con arreglo a los usos, costumbres y leyes) necesita del sudor del hombre para hacerse fértil y agradecida; necesita del trabajo, asidua y constantemente, para mantener viva la savia que la rejuvenece, con la ayuda de todos los agentes naturales con que la Providencia a toda hora la fecunda; necesita de la dirección de la inteligencia, para distinguir la calidad de los terrenos, la elección de los abonos, y cuantos datos puede suministrar la ciencia, para hacerla más pingüe y fecunda: su apropiación es tan necesaria que todo lo que sea mermar al dueño el fruto de su trabajo, fuera de lo indispensable para el sostenimiento de las cargas públicas, perjudicaría en gran manera a la producción; en términos, que si creciese más de lo justo la participación ajena, la finca, no cubriendo los gastos de explotación y la remuneración del trabajo, llegaría a ser abandonada y a convertirse en erial. Y ¿cuántos años no necesitan los árboles y arbustos para fructificar? Y ¿cuánto tiempo y capital para fundar y crear una finca productiva? Y para conservarla, ¿cuánto gasto y trabajo cotidiano? Pues bien, el día que despojara al individuo del derecho de propiedad y transmisión, fundado en la naturaleza humana, aquel día se decreta o proclama la miseria universal, levantando la derruida bandera del comunismo, que afloja los vínculos de la actividad, el estímulo de las mejoras, el afán del ahorro y acrecentamiento del capital, en favor de las personas que, nacidas de sus entrañas, atesoran sus afectos y deben ser objeto de su más cariñosa solicitud, así como de aquellas a quienes deba servicios, agradecimiento, simpatías, y en favor de quienes no podrá hacer uso de aquella libertad que le dio el cielo, para ganar el sustento con el sudor de su frente. Esto en cuanto al individuo; los efectos sociales ya los hemos señalado anteriormente.

En resumen, la Internacional no puede ser hoy objeto de discusión, porque no reúne un cuerpo de clara doctrina, un sistema definitivo; **está** en el período de las negaciones, de la destrucción: sorprende y espanta su audacia, al ver que lanza un reto a la sociedad actual, creada por los siglos, y que posee un bienestar social quizá superior al de los tiempos transcurridos. Tal vez su clamor se quiera considerar por algunos como un quejido que acredite el malestar de las clases necesitadas; pero este grito no es el gemido de Job; es más bien un aullido satánico que amenaza destruir la Europa, para gozarse en sus humeantes y sangrientas ruinas. Vive por la

debilidad de los gobiernos, y por esta tranquilidad pasmosa, que hace despreciar sus conatos, como hijos de la insensatez; pero la clase que trata de seducir es numerosísima; el medio para alcanzar el poder, los gobiernos ciegos lo depositan en sus manos. ¿Qué inconvenientes se presentan para que estalle la tormenta...? El buen sentido de las mismas clases, apercibidas de la sima en que se las quiere precipitar; el espíritu religioso, que aún conservan, contra la voluntad de los propagandistas ateos, y la predicación de las sanas doctrinas por los hombres desinteresados que han consagrado su vida al fomento de los intereses generales, a la meditación y al estudio en beneficio de la humanidad.

Es indudable que a los gobiernos cumple entrar en un período de afirmaciones que contrarreste el de negación que se proclama, plantando con resolución la bandera de la verdad, de la justicia y de la conveniencia pública en el alcázar de los contrarios: sólo así inspirará tranquilidad al conjunto de intereses morales, religiosos, políticos y civiles que sustentan el mundo.

RUPERTO GARCÍA CAÑAS

QUE REPRESENTA LA INTERNACIONAL CON RELACION A NUESTRO ESTADO SOCIAL

“La defensa de la Sociedad“, 20 de junio de 1873

I

Volvemos a tratar de este asunto por su notoria importancia.

Penetramos en el terreno de nuestras luchas arrastrados por la fuerza de los acontecimientos: colocados en una época de transición, estamos asistiendo al espectáculo de una civilización que se transforma y no queremos conocerlo.

La sociedad se desploma bajo el peso de muchos errores: se quiso plantear en ella el problema de la desigualdad de condiciones y no se ha sabido resolverlo; se intentó analizarlo con el criterio de las modernas democracias, y la sociedad cayó embrollada entre las redes del socialismo comunista; se pretendió alcanzar el triunfo de la libertad sobre la fe, y un racionalismo repugnante la arrastra entre las tinieblas de sus delirios. No parece sino que estéril ya, agotados en inútil resistencia sus esfuerzos, ni el brillo de su pasada gloria es bastante a deslumbrar las ideas que germinan en el cerebro de nuestra generación, ni la vida social, rotos los lazos que la unieron con el mundo de la tradición, puede ya detenerse sin salvar el espacio que separa al pobre del rico, al capital del trabajo.

Dado el primer paso, hollados, y no de hoy solamente, los fueros del derecho y la justicia, nada puede contener el movimiento social, que se desarrolla en las regiones de las ideas, para caer en medio de una civilización gastada, débil por sus vicios, enervada por la molición, llena de alucinaciones, que ha pretendido con soberbia señalar arbitrariamente el curso del progreso humano, soplo de vida lanzado por Dios en la inteligencia del hombre, y no ha sabido conservarse.

Arrastrados por la pendiente, que formaron las primeras causas en la historia de la decadencia de todos los pueblos, nuestro fraccionamiento social, con sus distintos matices y diversos grupos, es la representación de un cuerpo mutilado, cuyos miembros, palpitantes aún aquí y allá, se agitan convulsivamente a impulso de los espíritus vitales.

Parece que una fuerza desconocida desvía los espíritus de su verdadero camino, que es el progreso cristiano; lazo de unión para todos los hombres, que vino al mundo destruyendo las divisiones sociales de la civilización pagana; para aherrojarse de nuevo, voluntariamente, como si fuera patrimonio suyo la servidumbre o la barbarie.

Ayer era el mundo del pasado el que pugnaba en el orden moral, por contener el desenvolvimiento de las ideas, sin tener en cuenta que la inteligencia del hombre tiende a elevarse de continuo. Hoy es la civilización del porvenir la que engañada, en su afán reformador, pretende resolver en el terreno de la realidad difíciles problemas, negándose a sí misma, toda vez que para ello niega las verdades fundamentales de la sociedad humana.

Vano empeño: trocados los términos, el mundo moderno avanza presentando los mismos caracteres de inestabilidad que la sociedad antigua.

Sin resolver el problema que se propone aumenta el fraccionamiento social.

Con su pretendido sistema destruye los lazos sociales, sin formar nuevos vínculos que hagan de todos los hombres una familia numerosa.

Vase verificando la transformación; pero perdiendo su acción benéfica en la armonía del cuerpo social los elementos esenciales.

Busca la unión entre el capital y el trabajo, empezando por destruir al primero sin fijar los límites de acción donde el segundo debe detenerse.

La miseria aumenta, las clases no desaparecen, su condición no mejora; *mudan de sitio* y nada más; los oprimidos de ayer son los opresores de mañana; de ahí que la sociedad moderna, corriendo apoyada en el derecho del más fuerte con vertiginosa celeridad, busca la perfección social, *pero caerá en la tiranía del mayor número*.

II

Colocados entre lo pasado y lo presente, la Internacional es con relación al porvenir, en el orden social, algo tal vez parecido a lo que fueron en el orden político las democracias modernas en épocas no muy lejanas. A su impulso el tradicionalismo social rodó por el suelo, pretendiendo ocultar su imprevisión entre los pliegues de su bandera.

Suyos eran todos los elementos conservadores del cuerpo social: leyes, ejércitos, costumbres, eran otros tantos resortes puestos al servicio de su autoridad; la atmósfera que respiraban los pueblos estaba impregnada en el privilegio de sus clases, todo parecía, en fin, concurrir eficazmente para robustecer su poder. ¿Dónde están hoy aquellas instituciones seculares?, preguntaremos a la historia. Ella nos responderá que desaparecieron *cuando dejaron de tener savia de vida*.

El mundo de las ideas pasó sobre aquel montón de ruinas, descomponiéndolo todo, legándonos sus miserias, sus preocupaciones y sus vicios; como pasan los grandes huracanes, arrancando añejas encinas, pero dejando aquí y allá restos podridos entre los gérmenes de una vegetación vigorosa.

He aquí nuestra verdadera situación. Es inútil aturdirnos; la Internacional vendrá como esos grandes castigos que Dios envía para confundir la soberbia de los hombres. Si estuviera menos plagada de esenciales errores y malas pasiones, vendría acaso como un sistema social, mejor o peor, según hiciéramos por nuestra parte para contenerlo o modificarlo. Sería tal vez entonces

como un caudaloso torrente que necesita cauce natural donde poder conducir sus corrientes harto impetuosas, para que se tratara de contenerlas con el débil muro de las conveniencias sociales.

¿Qué significarían esas conveniencias, hijas del hábito, nacidas al calor del interés, sostenidas por la fuerza material, con relación a los fines del hombre, al destino de las generaciones, a los altos designios de Dios, que formó a todos iguales ante el derecho y animados de un mismo soplo de inteligencia?

También la esclavitud tenía intereses creados, dividía los hombres en castas, y la esclavitud desaparece a pesar de sus intereses.

Negar el movimiento del mundo, del espíritu y de la materia con sujeción a sus leyes invariables, es negar a Dios, descendiendo de la altura en donde el progreso cristiano ha colocado a los pueblos civilizados.

Si el hombre en todos los actos de su vida, decíamos en otra ocasión', no tuviera presente nada más que los peligros, su inteligencia se contraería bajo la presión de tan poderosa resistencia. Colón no hubiera descubierto un mundo: relegaríamos el vapor a causa de los inconvenientes de su compresión; el gran descubrimiento de Gutenberg, por los males, que, entre innumerables beneficios, ha producido su abuso.

Entrando en otro orden de consideraciones, ¿condenaremos las inmortales obras de Homero por los monstruosos engendros que describió Horacio en su epístola a los Pisones?

¿Menospreciaremos el arte divino de la poesía, las obras de Garcilaso, Lope de Vega y tantos ilustres poetas por el alambicamiento Gongorino?

¿Desconoceremos los grandes principios filosóficos de Balmes y otros profundos escritores porque existan los errores del Krausismo?

¿Negaremos las purísimas fuentes del Cristianismo a causa de las audaces imposturas de Renán?

¿Diremos, en fin, que el mundo moral no avanza porque nos esforcemos, ¡desgraciados!, en desconocer los progresos de la Humanidad?... De ninguna manera: «Hablar precipitadamente y caminar con brutal celeridad» no es una misma cosa, decía Demóstenes, y, sin embargo, son muy semejantes.

Algo de todo esto tienen los problemas sociales.

El capital tiene señalada por la mano de Dios su legítima órbita, donde desarrollándose engrandezca, en vez de destruir, al menesteroso; órbita donde cabe el industrial y el proletario, la propiedad y la inteligencia, estrechando los vínculos sociales por el mutuo interés de su respectivo comercio.

Si le llamamos asociación, veremos en él la palanca de Arquímedes, buscando el punto de apoyo para transformar el Universo.

Si descendemos a otra clase de ideas, es el lazo que une todos los hombres por el trabajo para subvenir a sus necesidades.

Si penetramos en el estado social, allí también tiene su puesto, cicatrizando las llagas del pauperismo, sirviendo de poderoso auxiliar a la Caridad Cristiana.

El capital no puede ser enemigo del pobre, no debe serlo; sin su concurso se descompondría para mostrarse nuevo Tiberio cubierto con la lepra del agiotismo.

¿Quién sabe si tantos absurdos, tantas teorías impracticables, como se, desarrollan en medio de nuestra civilización, nacieron en el cerebro de Fourier y sus secuaces a impulsos de amargos desengaños? ¿Quién si la doctrina de Proudhon fue hija de dolorosas experiencias malogradas ante el frío individualismo, el yo egoísta de una generación descreída, que sin saber arrancar al hombre de la esclavitud de sus pasiones, supo trastornar los elementos sociales?

Y ¿cuáles han sido, por regla general, las causas que tanto a los individuos como a los pueblos han obligado en todos los tiempos y lugares del mundo a emprender grandes resoluciones con el objeto de mejorar sus condiciones políticas y religiosas, administrativas y sociales?

Los resultados prácticos; el convencimiento de ser vicioso e ineficaz el régimen que sólo sirviera durante el largo período de su dominio para multiplicar la dolorosa presión de las necesidades sociales; la brillantez de un genio, *cuya* aureola de gloria lleva tras sí generaciones enteras, como

débiles aristas arrastradas por las tormentas tropicales, o esos grandes crímenes públicos, que si la justicia y el derecho condenan, se manifiestan a la humanidad espantada con la imponente majestad de la cólera de Dios y la expiación de los hombres... No hablemos de aquellas pequeñas traiciones que forman los *puntos negros* de la historia del mundo; son como las aves errantes, que pasan refractándose un momento en los lagos...

Pues bien; adolece de muchos vicios nuestra organización social: todos lo reconocemos, todos lo lamentamos, pero si algo hacemos es aumentar la confusión y el desorden, llevándonos nuestra ceguedad al extremo de pretender destruir las causas combatiendo los efectos.

III

Las clases todas, en general, de la sociedad, separándose unas de otras, arrastradas por el espíritu que las domina, esclavo de sus preocupaciones o sus vicios, han demostrado y demuestran la exactitud de nuestras razones.

Las fuerzas sociales se concentran; y mientras que las clases conservadoras se suicidan, fraccionándose cada vez más, el proletariado forma un cuerpo fuerte y demuestra prácticamente que si su unidad de fines es el formidable ariete que deberá destruir el edificio social de una gloriosa tradición, la actitud o indolencia de aquellas clases contribuyen eficazmente a la realización de las miras de éste.

Estúdiense tal actitud, ¡cuánta luz pudiera arrojar en el oscuro cuadro de nuestro estado social, si en ese centro de ilustración y riqueza dentro del cuerpo social residiera el foco luminoso que esclareciese los caminos que atravesamos! Pero si encerradas en el exclusivismo que forma su interés inmediato, no miran más allá del bienestar que las rodea, no comprenden, o no quieren comprender, otros derechos que sus conveniencias, otra conciencia que sus caprichos, ni otros deberes que los impuestos por el vigor y fuerza de la autoridad pública a los demás hombres; esto tendría un nombre, pero no de los más gloriosos y morales; marcharían por un camino torcido, que no es ni puede ser el de la razón y la justicia, ni menos el de la pericia y la previsión, ni el de la caridad y la grandeza de espíritu.

¿Será que no quieren estudiar el fenómeno que ante sus ojos tienen porque tal estudio les haría caer de la altura en que quieren vivir encumbradas? ¡Extraño papel representarían entonces! Preciso es hoy para la vida de las naciones y para el remedio o prevención de muchos males que cese todo egoísmo de clases e imperen la idea del derecho y el interés de humanidad. Así se desarmarán grandes odios y se resolverán grandes conflictos.

EDMUNDO MAC-COSTELLO